¿Puede el aborto ser una práctica reproductivista? Tensiones entre reproductivismo y emancipación en algunos relatos de interrupciones de embarazos

Can Abortion be a Reproductivist Practice? Tensions between Reproductivism and Emancipation in Narratives on Termination of Pregnancy

Mercedes Vila Ortiz y Fiorella Guaglianone

Mercedes Vila Ortiz es magíster en Estudios Culturales por la Universidad Nacional de Rosario y licenciada en Ciencia Política por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina.
E-mail: mevilaortiz@gmail.com

Fiorella Guaglianone es magister en Estudios Culturales por la Universidad Nacional de Rosario y becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas en la Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina.
E-mail: fiorella.guaglianone@gmail.com

resumen

A partir de la lectura de testimonios de mujeres que abortaron, nos proponemos esbozar algunas reflexiones teóricas y políticas acerca de la práctica del aborto en su relación con discusiones propias de los feminismos materialistas y los estudios/activismos queer. Intentaremos poner en diálogo una serie de elementos identificables en los relatos de aborto con ciertas líneas de análisis ligadas al antirreproductivismo y la crítica a la socialidad heteronormal, para lo cual señalaremos distancias y cercanías con la elaboración discursiva de la experiencia en los feminismos como movimiento.

palabras clave

antirreproductivismo / aborto / reproducción social / maternidad / feminismos

summary

Reading testimonies of women that have had an abortion, we propose to outline some theoretical and political reflections on the practice of abortion in relation to discussions of materialist feminisms and queer studies/activisms. We bring together, in our interpretation, some issues that appear in the abortion narratives with certain lines of analysis –anti-reproductivism and the critique of heteronormal sociality–, pointing out distances and proximities with the discursive elaboration of the experience in feminism as a movement.

keywords

anti-reproductivism / abortion / social reproduction / maternity / feminismos

Introducción

*El útero, en lugar del campo de concentración de Agamben,
es el ejemplo más efectivo del espacio biopolítico de Foucault*

Ruth A. Miller

En diciembre de 2020, se promulgó la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (Ley 27610) en Argentina, en el contexto de un debate público en el que los movimientos feministas tuvieron un lugar central. La pregunta que nos inquieta en este artículo repasa aquella coyuntura histórica para pensarla con las herramientas provistas por las indagaciones teóricas, políticas y filosóficas de algunas teorías feministas y *queer*. Ambas perspectivas, aunque divergentes, coinciden en otorgar un lugar clave al problema de la reproducción. A partir del análisis de testimonios de mujeres (cis feminizadas) que abortaron, reflexionaremos en torno a algunas herramientas provistas por el antirreproductivismo del giro antisocial de los estudios *queer* como claves de lectura para pensar la dimensión temporal y afectiva del problema de la reproducción, principio estructurante del orden social heterosexual.

Este artículo, de carácter eminentemente exploratorio, se propone tomar distancia de dos tipos de abordajes frecuentes en la reflexión sobre el aborto. En primer lugar, de aquellas perspectivas que explican la práctica del aborto a través de la identificación de los aspectos que la convierten en legítima o ilegítima en determinados contextos sociales, al ligar el aumento del consenso social en relación con la interrupción del embarazo con el avance del movimiento feminista. Por otro lado, este trabajo intenta evadir el entrapamiento que se produce al relacionar legalidad e ilegalidad con el problema de la libertad o la emancipación. Esperamos que el cruce entre teoría *queer* y feminismo materialista permita vislumbrar que los sentidos y efectos de las prácticas sexualizadas son siempre históricos y contingentes, es decir, que toda práctica expresa un momento específico, una cristalización de las relaciones sociales de sexo. Nos referimos a esa intuición propia de los feminismos materialistas –y, posteriormente, de las teorías *queer*– acerca del carácter dialéctico de la opresión sexista. En un ensayo publicado en 1985 –y revisado en años recientes–, Paola Tabet analiza la cuestión de la reproducción en tres sentidos: a) la relación con la división sexual del trabajo; b) la dialéctica de los sexos; y c) las técnicas específicas de opresión de las mujeres por los varones. Estos tres elementos se entrelazan en la observación de una función que es socialmente asignada a las feminizadas y que escapa al análisis materialista del marxismo: la procreación y la crianza. Tabet se pregunta: “¿Qué hay de biológico y natural en todo esto?” (Tabet, 2022: 117).

Entre el óvulo y el hijo, entre la capacidad de procrear y el hecho de procrear, se hallan las relaciones entre hombres y mujeres. Entre la capacidad de procrear y la procreación, puestas en acto, está la historia de las relaciones de producción, de la organización social de la reproducción, en buena parte, la historia de la reproducción como explotación (Tabet, 2022: 117).

Menos ambiciosamente, las preguntas que guían este artículo son qué otras lecturas se pueden construir en relación con la práctica del aborto a partir de relatos de mujeres que abortaron y qué potencias se activan una vez que nos alejamos de las discusiones que señalamos algunos párrafos más arriba. Nos esforzaremos por limar la pátina emancipatoria que recubre la práctica, que obtura la observación y el reconocimiento de sensaciones, racionalidades o sentimientos más ambiguos. En esa línea, nos convoca pensar, más que cuáles son los sentidos que enmarcan las luchas de abortistas y antiabortistas, cómo fue problematizada la cuestión para que ambos grupos puedan ser opositores legibles en un terreno común (Klein, 2020). Queremos, entonces, pensar las prácticas reproductivas (específicamente la interrupción voluntaria del embarazo) como una intervención social sobre el cuerpo de las feminizadas y, a partir de esa marca, rastrear sus vinculaciones con los sistemas de opresión capitalista, colonial, patriarcal.

Haremos uso de una fuente secundaria: entrevistas en profundidad a mujeres que accedieron a una Interrupción Legal del Embarazo (ILE) en los años 2019 y 2020 en la ciudad de Rosario. Estas entrevistas se realizaron en el marco de una investigación en salud pública que buscaba identificar barreras y facilitadores del acceso a una ILE en jurisdicciones con una larga trayectoria en políticas públicas de aborto. Sin embargo, nuestra intención es descentrar la cuestión del aborto de la relación Estado/derecho/individuo y hacer un uso crítico-interpretativo de un insumo que se produjo con el fin de informar políticas públicas para, en cambio, indagar en un conjunto de cuestiones que no son usualmente trabajadas desde las ciencias médicas, y trazar algunas claves de lectura que permitan mirar a contrapelo las prácticas del dispositivo. De esta manera, imitando el gesto de Haraway, asumimos “(...) como premisa auto-evidente que la ciencia es cultura”, e intentamos una “contribución al discurso tremendamente vivo y heterogéneo contemporáneo de los estudios de la ciencia en tanto que estudios culturales” (Haraway, 1999: 122).

El instrumento nos permite, también, provocar un desplazamiento en la configuración temporal de la problemática: las entrevistas se realizaron en una coyuntura de movimiento y agitación, luego del debate público sobre el aborto en 2018 pero antes de la sanción de ley de IVE a finales 2020. Los relatos de mujeres que abortaron producidos en este momento específico quizás permitan entrever algunas relaciones que aparecerían, en otros contextos, menos nítidamente. En sintonía con la advertencia de De Beauvoir –los derechos de las mujeres y feminizadas nunca están garantizados, tambalean ante las crisis políticas, económicas y religiosas–, nos interesa detectar, al menos de manera provisoria, cuáles son los mecanismos a través de los cuales se consolidan ciertas reivindicaciones feministas que podrían contener los elementos que hacen posible su desaparición en contextos de amenaza a la reproducción del orden social.

Algunas aclaraciones metodológicas: características de las entrevistas y abordaje epistemológico de la cuestión del testimonio

En el marco del estudio “Experiencias de mujeres sobre barreras de acceso al aborto legal en Argentina. Estudio descriptivo en Rosario y Ciudad Autónoma de

Buenos Aires para informar la construcción de consensos para las políticas públicas¹, se realizaron 14 entrevistas en profundidad a mujeres que habían accedido a una Interrupción Legal del Embarazo en instituciones públicas de la ciudad de Rosario. Se utilizó un muestreo no probabilístico: se contactaron usuarias del sistema de salud que solicitaron acceder a un aborto legal entre el 1 de julio de 2019 y marzo de 2020 y se entrevistaron solo a aquellas que accedieron a participar del estudio. En este sentido, la muestra incluyó a mujeres que quisieron contar su experiencia de aborto, por lo cual es necesario aclarar que es posible que exista un sesgo en relación con la percepción del aborto como una experiencia *narrable* (en múltiples sentidos: legitimidad de la práctica, menor temor a la sanción social por contarla y disponibilidad de tiempo para hacerlo). Además, también nos resulta importante hacer otra salvedad: se trata de experiencias “exitosas” de aborto, lo que supone que existieron mecanismos formales e informales² de transmisión de información sobre la posibilidad de interrumpir el embarazo en efectores públicos.

Las entrevistas duraron, en promedio, una hora, y siguieron una guía con preguntas abiertas y sondas que se estructuraban en cuatro bloques: información sobre el último embarazo y la idea de abortar (el proceso que la llevó al aborto), el camino para conseguir el aborto según lugar de consulta, opiniones sobre obstáculos para el acceso al aborto y sobre la cuestión de la legalidad de la práctica, y, por último, algunas dimensiones sociodemográficas. La estructura de la guía de entrevista respondía a los objetivos de la investigación: identificar barreras y facilitadores en el acceso al aborto legal y seguro. Las participantes entrevistadas en la ciudad de Rosario fueron mujeres cis de entre 21 y 41 años. En relación con las dimensiones sociodemográficas, todas las participantes completaron los estudios secundarios y la mayoría comenzó o completó estudios superiores. Sin embargo, se trataba de mujeres en situación de precariedad: trabajadoras precarizadas³, personas feminizadas y sin cobertura de salud. Esto permite hacer una lectura materialista atenta al entrecruzamiento entre los sistemas de opresión (capitalismo, racismo, patriarcado) a través de aquellos indicadores que permiten inferir una posición en estos sistemas. El supuesto a partir del cual desarrollaremos el análisis es que se trata de mujeres que, si bien reúnen rasgos ligados a la precarización por motivos de clase, raza⁴ y sexo, poseen en su mayoría la característica de haber accedido a recursos propios de espacios educativos de nivel medio y superior.

Por último, consideramos importante realizar una aclaración epistemológica. Las lecturas que realizaremos en los párrafos siguientes, la arbitraria composición del sentido de lo que se escucha, se fundamenta en la idea de que la propia estructura del testimonio implica la imposibilidad de testimoniar una experiencia (o, de acuerdo con Lacan, que lo real es irreductible a lo simbólico). Decimos con Agamben que:

Aquí no se trata, como es obvio, de la dificultad que nos asalta cada vez que tratamos de comunicar a los demás nuestras experiencias más íntimas. Esa divergencia pertenece a la estructura misma del testimonio. Por una parte, en efecto, lo que tuvo lugar en los campos parece a los supervivientes lo único verdadero y, como tal, absolutamente inolvidable; por otra, esta

verdad es, en la misma medida, inimaginable, es decir, irreductible a los elementos reales que la constituyen (2017: 8).

Es decir, lo que las mujeres relataron en las entrevistas no es lo que efectivamente sucedió cuando se realizaron un aborto, pero tampoco interesa que lo sea. De hecho, lo que se pone en discusión es el estatuto ontológico mismo de lo que entendemos como aquello que *efectivamente pasó*. Como indica Foucault (2010), no existe signo último, primario y verdadero a ser develado por la hermenéutica. Las lecturas que podemos hacer de los relatos de aborto no podrá ser nunca otra cosa que interpretaciones de interpretaciones de las mujeres sobre su propia experiencia. Esto implica reconocer el lugar activo de las investigadoras sin dejar de lado la rigurosidad del método y manteniendo una actitud vigilante en relación con producir nuevas o viejas violencias epistemológicas.

Reproducir no es procrear: heteronormalidad, familia y futurismo reproductivo

El 23 de septiembre de 2022 fue sobreseída la médica residente en tocoginecología Miranda Ruiz, imputada en Salta por la realización de una Interrupción Legal del Embarazo. Un año atrás, una joven de 21 años había solicitado la práctica para detener su embarazo de segundo trimestre. El 3 de septiembre de 2021, a las 08.30 de la mañana, la policía sacó esposada a la médica del Hospital Juan Domingo Perón de Tartagal, luego de reiterados escraches de grupos antiabortistas locales que afirmaban que había realizado un aborto sin consentimiento. La liberación llegó algunas horas después, impulsada por la movilización de agrupaciones feministas en todo el país. Según la denuncia presentada por la fiscalía, la paciente declaró: “Quiero denunciar a la doctora Miranda Ruiz porque me mató a mi bebé. Yo quería abortar cuando fui al hospital Perón de Tartagal, pero cuando hablé con mi tío y mi tía, ya no quería hacerlo y más todavía cuando la vi a mi hija Angi. Ahí decidí no hacerlo”. Lxs jueces dictaminaron, por el contrario, que Ruiz actuó autorizada por la ley y que existían factores familiares y sociales que afectaban la salud de la paciente. Por lo tanto, el aborto se enmarcaba entre las causales previstas en la normativa vigente.

A más de dos años de la promulgación de la ley de IVE, quisiéramos recuperar la complejidad, los sentidos contradictorios y las tramas subyacentes en relación con el aborto que algunas activistas advertían al señalar que era tan importante lograr la legalización como supervisar la implementación. La historia de Ruiz contrasta con los imaginarios que hacían posible el clima de eferescencia y lucha de aquel 8 de agosto de 2018 o, tiempo después, los festejos del 30 de diciembre con motivo de la sanción de la ley. Aquellos días estaban marcados por un antagonismo que nos convocaba a injuriar o a apropiarnos de la injuria: si los grupos antiabortistas se congregaban bajo la figura de un feto deificado que rogaba “yo quiero ser ingeniero”, parte del movimiento feminista contraatacaba haciendo marchar un feto de papel maché con casco de seguridad; cuando los grupos antiabortistas se autodenominaban “providas”, el movimiento los nombraba “antiderechos”; frente

a la acusación de promover el genocidio, se respondía con “el aborto es una deuda histórica de la democracia”.

Nos interesa señalar algo que ya dijimos algunos párrafos más arriba: la ley no garantiza, *per se*, el sentido de las prácticas reproductivas, así como tampoco las prácticas reproductivas portan, en un sentido esencialista, una dirección política determinada. La práctica del aborto está configurada por relaciones de sexo-generización que permanecen indeterminadas, arrojadas a su propia dinámica, y permeables tanto a las luchas feministas como a las reacciones patriarcales, racistas, precarizantes, capacitistas, masculinistas, etcétera. Lo que nos interesa sostener es que, en los relatos de las experiencias del aborto, estos sentidos se presentan ya en disputa, contingentes, contradictorios, no necesariamente capturados por las marcas de las narrativas feministas dominantes. Una de las entrevistadas, a quien nos referiremos como Carla, cuenta lo siguiente:

(...) cuando empezó eso de los pañuelos verdes y todo eso, yo es como que apoyaba la mujer pero siempre dije, una cosa es que yo esté de acuerdo con la decisión de cada mujer y otra cosa es que lo vaya a hacer y en ese momento, que se hablaba de todo eso y yo siempre a favor y me tocó a mí y es como que no, no, no sabía qué hacer. Me tomé un tiempo, a la semana le dije a mi mamá, le conté, vivimos juntas, le conté lo que tenía pensado hacer y con mi pareja también y estuvimos de acuerdo los dos... (...) No, siempre pensé: “es difícil”. Porque fue en ese momento de que... ya te digo, hablaban todo esto del aborto legal y qué sé yo, en cosas así y yo dije: “no, no”. Primero que no lo podía creer porque en un momento, yo siempre apoyé a la mujer y que me pasé a mí, no, no caía todavía y nunca dije que iba a ser fácil porque, generalmente yo no la pasé... o sea, que me fue algo fácil, para mí fue siempre difícil (Carla, 31 años).

Otra de las entrevistadas, a quien llamaremos Julia, comenzó su itinerario de aborto de manera informal y luego consultó en instituciones de salud que la derivaron a un efector público que le proveyó pastillas de misoprostol. Al tratarse de un aborto de segundo trimestre, el procedimiento se completó a través de una internación. Julia fue acompañada por una amiga a la que caracterizó como “super feminista”, a quien recurrió con la certeza de que “la iba a apoyar”. En el testimonio de Julia, aparece insistentemente una negación: *no fue un trámite*. “No es que vas a hacer un trámite... yo no lo sentí un trámite, no fue un trámite para mí, ni los profesionales que estaban delante mío tampoco...”. Durante la entrevista, Julia repitió aproximadamente diez veces que, para ella, realizarse un aborto no había sido un trámite. Cuando se le preguntó por qué ponía tanto hincapié en esta idea, su respuesta fue que “es muy doloroso escuchar... (...) escuchar a muchas mujeres que creen que es un trámite”. También María resaltó una idea similar: “Creo que no es una decisión fácil o algo por lo que todas queremos pasar, nadie quiere pasar por eso, y no está bueno que nadie tampoco que nadie opine sobre eso”. Roxana, por otra parte, sostuvo que “ninguna persona que llega a decidir una interrupción del embarazo es una decisión feliz, esté después diciendo bueno, hice bien o no,

no sé, hice bien en términos de bueno, es lo que tenía que hacer o no, está en una situación bastante... no sé, como vulnerable”.

Si inicialmente los movimientos feministas incluyeron en sus repertorios la desmitificación de la práctica del aborto, socialmente producida como traumática o dolorosa, nos interesa señalar cómo algunos sentidos operan produciendo zonas afectivas inenarrables (no por el carácter mismo de cualquier experiencia, sino por la no disponibilidad de registros sociales que habiliten un relato). Como ya señalaba Rich en los años setenta, “al permitir que el ‘acto individual’ del aborto sea considerado la cuestión real, algunos de los que están a favor han recaído en la estéril argumentación de que se trata de un ‘simple procedimiento quirúrgico’” (2019: 35). ¿En qué sentido el aborto no puede ser un trámite? Podemos señalar varios: alguno ligado al sentido histórico y material de la crianza y la procreación como función social feminizada (Tabet, 2022; Falquet, 2017; Firestone, 1976); otro relacionado con la relación entre cuerpos feminizados y dispositivos médicos (Preciado, 2014; Deutscher, 2019; Hester, 2018); quizás algunas líneas sobre la progresiva sustracción de los medios de reproducción a las feminizadas en el desarrollo del capitalismo patriarco-colonial (Lugones, 2008; Davis, 2005; hooks, 2010). Nos interesa, sin embargo, un sentido que se cuele a un lado y a otro del antagonismo que señalábamos más arriba y que entendemos, por su complejidad, que nos devela algo sobre los afectos involucrados en la experiencia del aborto. Nos interesa pensar el problema del reproductivismo más allá de la legalidad o la ilegalidad de la interrupción voluntaria del embarazo.

Sostiene Lee Edelman, teórico *queer* y crítico literario estadounidense, que hay un principio que estructura las relaciones colectivas y que hace de límite ideológico de los debates políticos. Este principio es el futurismo reproductivo, una tendencia casi inevitable a colocar la figura del Niño como beneficiario fantasmático de toda intervención sobre el presente; una invocación que clausura el universo de lo abyecto, ubicado psicoanalíticamente en el exterior constitutivo de la pulsión de muerte (Edelman, 2014). Posicionamientos ideológicos antagónicos coinciden en invocar el futuro del Niño como horizonte político y, también, como fundamento último de toda intervención. La inocencia de los niños, por un lado, y la imposibilidad de plantear una política que no priorice su centralidad constitutiva de las imágenes de futuro implica que aun en discursos pretendidamente radicales como los del aborto no se trastoque esta estructura profundamente conservadora:

Incluso quienes defienden el derecho al aborto, cuando promueven la libertad de las mujeres a controlar sus propios cuerpos por medio de la elección reproductiva, a menudo enmarcan su lucha política en una copia de la de sus enemigos antiabortistas como una “lucha por nuestros niños, por nuestras hijas y nuestros hijos” y, por tanto, como una lucha por el futuro (Edelman, 2014: 19).

¿Por qué esta preocupación por la supervivencia y el bienestar de lxs niñxs, como horizonte de un orden justo, podría representar un problema para los movimientos contrahegemónicos? De acuerdo con Edelman, la trampa que acecha de-

trás de estos discursos tan seductores y movilizantes es que se trata de un llamado a postergar las urgencias y la vitalidad de las posiciones no-reproductivistas. El Niño exige un sacrificio: pide que se renuncie a la posibilidad de fundar una política inmanentista solo guiada por la subversión y el abandono inmediato del orden heteronormal y reproductivista. Además, el Niño no es cualquier niño, en el sentido de que sus marcas raciales, sexuales y de clase coinciden con las del hombre o la mujer blanca heterosexual: Edelman lo llama el fascismo del rostro del bebé. En dos sentidos que nos interesa retomar en este texto, el futurismo reproductivo impregna las movilizaciones feministas a favor del aborto legal: la imposibilidad de pensar la viabilidad política de una estrategia de ponga la práctica del aborto en relación con el rechazo a la maternidad (legado anarcofeminista y *queer/cuir*) y, en segundo lugar, la necesidad de reintroducir un beneficiario fantasmático del orden deseado, las niñas heterorreproductivistas de la maternidad deseada. Son numerosas las consignas que ejemplifican estos límites discursivos, por nombrar algunas: “la revolución de las hijas”, la maternidad deseada y la recurrente instrumentación de una imagen que debiera provocar unánimemente horror y consenso, la niña madre. Si las derechas demuestran su adhesión a las lógicas del futurismo reproductivo a través del horror ante sexualidades no heteronormadas que anticipan la disolución de la familia tradicional y, con ella, el futuro mismo de la humanidad, las izquierdas también participan de esta fantasía constitutiva. Un ejemplo de ello es el aborto. Incluso cuando se defiende el derecho de la mujer a decidir, se reintroduce la promesa de dejarle a nuestras hijas un mundo mejor, con más derechos.

¿Argumentamos, entonces, en favor del rechazo de cualquier argumento político que juegue bajo las reglas de los principios sociales estructurantes del discurso social que se emparentan con el futurismo reproductivo? No es nuestra intención. Queremos marcar, sin embargo, dos sentidos contrapuestos. Las mujeres que nos contaron su experiencia de aborto expresan una tensión: contra la decisión del aborto, la persistencia de algo que se resiste a ser enmarcado en esa lógica; la marca de una pérdida, un dolor, otra cosa. El deseo o el llamado a justificar la decisión del aborto tiende a reponer el principio social que exige reproducir la familia heteronormal y su miembro fantasmagórico constitutivo, el Niño.

No, no tengo un lugar todavía estable donde vivir, y mi trabajo es de cuatro horas, no tengo una pareja tampoco, así que como que no... no era posible, no era posible tenerlo (Cristina, 40 años).

Y también:

Y bueno, eso y muchas cosas más que no... que no quería, pasa que... el nene más grande mío ya tiene 17, la más chica tiene 11, así que no... (Romina, 32 años).

O:

Siento que tener un hijo... lo difícil que puede llegar a ser y todas las carencias que puede llegar a pasar y más en un momento como en el que estoy, que no tengo estabilidad de nada... (Cristina, 40 años).

El momento de la maternidad aparece señalado por un tipo particular de deseo: un deseo de estabilidad y de familia que funciona como reaseguro del bienestar del niño por nacer. En ese sentido, no es el deseo materno el que humaniza el embrión, sino que lo que se rechaza es una posición materna que podría resultar insuficiente o poco ajustada a los parámetros sociales de familia o proyecto de vida. En esa clave es que afirmamos que una práctica sexual aparentemente contrarreproductiva puede engarzarse con un sentido político profundamente reproductivista. Si, en cambio, lo que se piensa como reproducción excede los límites de la crianza y la procreación –su aceptación o su rechazo– la pregunta por la producción de niños, en palabras de Wittig, “significará mucho más que el simple control de los medios materiales de dicha producción” (2006: 33).

Yo nunca tuve la intención de ser mamá. (...) Estaba segurísima, pero jamás, en ningún momento dudé o tuve el sentimiento de tenerlo. (...) Yo no tenía sentimiento, tener un bebé en esas condiciones, con que ya había un montón de problemas, un montón de cosas como que iba a vivir en un lugar que... no iba a vivir en una buena familia, te juro que eso era... no era opción tenerlo (María, 21 años).

En estos relatos, lo que aparece inmediatamente después del deseo de no ser madres es la preocupación por el bienestar de un Niño que, si bien no existe aún, es la figura central de aquel horizonte de futurismo reproductivo. De esta manera, incluso en prácticas que parecen resaltar la autonomía y agenciamiento de las mujeres sobre su propia salud sexual y reproductiva y que han sido históricamente una reivindicación de los movimientos de izquierda y feministas, aparece una concepción hegemónica que atraviesa e interpela de manera transversal a todos los movimientos políticos: que hay que cuidar y orientar las acciones presentes y futuras en pos de los niños y las niñas (específicamente, de esa idea de Niño que garantiza la fantasía de clausura simbólica de la sociedad sobre sí misma). Esta concepción permea los testimonios y aparece incesantemente en las experiencias concretas de las mujeres, que consideran que ese Niño no merece una madre que no quiera ser madre o que no pueda garantizar mínimas condiciones dignas de vida.

No es así, primero porque no está el deseo y ya partió de ahí, si vamos a traer un niño o una niña, un niño al mundo, y no hay un deseo de padres, de madres, no hay un deseo, todo lo que eso puede producir en la vida del niño es... son secuelas muy grandes, a nivel psíquico. (...) Yo no puedo traer una criatura al mundo sin poder darle los derechos básicos que tiene que tener, una obra social y una alimentación segura (Perla, 31 años).

Nos resulta necesario aclarar que nuestro repaso por experiencias individuales de aborto en feminizadas no persigue el objetivo de estimar cuán feministas fueron las prácticas de interrupción del embarazo (tarea que resulta contraria a la dirección ética de este trabajo) sino de señalar la complejidad con la que un aborto se produce ahí donde pueden apreciarse continuidades y rupturas en los regímenes

de opresión: esa intrincada zona del sujeto donde se entrecruzan, pensando con Butler (2010), dinámicas de sujeción y de subjetivación.

Entre las dinámicas de sujeción y de subjetivación es que encontramos una economía afectiva contradictoria: por un lado, las mujeres que abortaron y decidieron dar testimonio encontraron en la figura del feto un problema que resultaba obstaculizante, doloroso e incómodo, lo que motivó la decisión de un aborto e hizo posible que sea enmarcado en el plano de la decisión individual y la libertad política. Sin embargo, se produce luego un corrimiento, un trastocamiento, en el que lo que se valora es la dimensión fantasmagórica del otro (el Niño que no va a nacer) que debe ser justificada en los términos del mandato social a reproducir la especie en un sentido que toma como parte constitutiva del lazo social a la familia y a la pareja con privilegios de clase social. En esa clave es que sostuvimos que pensar el aborto implica pensar la maternidad, no solo en la dirección de impedir su romantización o de visibilizar maternidades diversas, sino en tanto que cuando se produce un aborto (que es una práctica reproductiva sometida a las lógicas imperantes de la reproducción social en un orden específico y jerarquizante) también se repone una forma particular de familia como unidad política, económica y social.

En sintonía con esa línea sostuvimos que lo que se desea en la maternidad es algo más que la decisión de procrear y criar un/a niño/a: lo que aparece es cierto deseo de un orden social, cuyo elemento más superficial remite a la dimensión figural de la familia, mientras que subyace una estructura específica de reproducción en sentido amplio. Es decir, a través de la maternidad (y el aborto como su contracara), en apariencia en el campo de la individualidad, se revelan también los sentidos que ponen a funcionar esos deseos. Se trata de una configuración que no se piensa en oposición a los sistemas de opresión, sino enredada en sus lógicas, que produce tanto espacios de sujeción como líneas de fuga: sentidos ambos que aparecen contenidos en la noción misma de interrupción. La interrupción como un acto que puede implicar tanto continuidad como ruptura e, incluso –y con mayor complejidad–, ambas.

¿Nos mueve el deseo? Libertad y sujeción en las decisiones del aborto y la maternidad

Al narrar la decisión de abortar y de no ser madres, las mujeres que relatan su experiencia de aborto, en general, se refieren al feto como una cosa (“la que tiene algo que no quiere adentro suyo soy yo, que prácticamente siento que tengo un tumor adentro mío”, nos dice Perla, por ejemplo). Sin embargo, cuando hablan de la idea de un Niño futuro para el que ellas no pueden ser buenas madres, hablan de un *alguien*, de un bebé, de un hijo, de una persona:

Yo creo que una persona que sea un hijo deseado, porque mis hijos, más allá de mi divorcio, fueron hijos deseados también, hijos buscados, ellos fueron... vinieron al mundo en una familia, y bueno, hoy las cosas por ahí no son como las esperarás, pero no quería, no quería esa vida para esa persona (Julia, 39 años).

Recurrentemente, se asocia maternidad con deseo y la idea de que para tener un hijo es necesario querer tener un hijo. El imperativo parece entonces no estar puesto solo en la idea de que hay que matenar, sino en cómo debe desarrollarse ese proceso, que debe ser deseado, con sentimiento o incluso algo hermoso o feliz:

Yo no quería tener al bebé, porque no era algo que yo haya pensado en tener un hijo, haya pensado estar en el momento, lo haya querido, me parece que tiene que haber eso como para traer a alguien... ¿no? (...) Porque no tenía las condiciones, no tenía ni siquiera el sentimiento, creo que, con eso, y para mí creo que está muy claro que si yo quiero tener un hijo quiero... tengo que primero quererlo, concebirlo de una manera muy hermosa, o sea, no me parece que esas sean las circunstancias para tener a alguien, eso primero (Rosa, 32 años).

Básicamente no hay lo principal que tiene que tener el niño que es el amor de base, nosotros ya... me enteré y no fue una noticia feliz, no, fue una noticia medio angustiante para ambos (Perla, 31 años).

A partir de estos testimonios retorna la idea de que la lógica de los derechos –en este caso, la reivindicación del derecho a acceder al aborto en contra del imperativo de una maternidad forzada– choca con otras lógicas que aparecen en los relatos de las mismas mujeres: la idea de la buena madre pone al descubierto que siguen operando regímenes de verdad y representaciones culturales que delimitan un ámbito de lo pensable en relación con la reproducción y los roles (sociales) de las mujeres-en-tanto-que-madres.

En *Aborto. La discusión maldita* (2020), Laura Klein reconstruye una escena mediática en la que varios periodistas y expertxs exponen diferentes argumentos a favor y en contra del aborto, con el debate las nociones de vida y libertad como centro. Cuando le preguntan a un grupo de mujeres que estaban presentes para contar sus propias experiencias qué pensaban en relación con lo que se estaba discutiendo, una de ellas dice “no entiendo de lo que están hablando”. La autora retoma la incredulidad de las mujeres (y la propia) para cuestionar la repetición de argumentos (muchas veces en pos de defender los derechos de las feminizadas) que no solo no dan cuenta de su propia experiencia, sino que, muchas veces, se vuelven contra ella (Klein, 2020).

En función del planteo de Klein, nos interesa dar cuenta de que las experiencias de las mujeres están insertas en un conjunto de relaciones sociales de producción y reproducción y que, por lo tanto, no pueden ser pensadas por fuera de ellas. Sin embargo, y al mismo tiempo, este trabajo busca encontrar eso que siempre sobra en la experiencia vivida, aquello que no puede ser subsumido o explicado cabalmente haciendo referencia al contexto o a las relaciones instituidas. Dice Laura Klein:

(...) al oír que al abortar no fueron –exactamente– libres, muchas mujeres se tranquilizan. ¿Qué les produce alivio? Darse cuenta de que entre lo jurídico y la vida, entre mis derechos (que dependen de otros) y mis poderes,

hay una enorme diferencia y esta “diferencia” es nada más ni nada menos que lo que soy: lo que me distingue de todos los demás a quienes soy igual en derechos (2020: 17).

¿En qué sentido queremos decir que en el deseo de abortar o materner no se es libre? Nos interesa seguir un camino que se aparta levemente de la argumentación de Klein, que sostiene la idea de que el aborto nunca implica total libertad (ya que, de poder elegir, la mayoría hubiese elegido no quedar embarazada). En cambio, queremos señalar una característica fundamentalmente política en la cuestión del deseo. En sintonía con Butler, sostenemos que:

(...) el sujeto no solo se forma en la subordinación, sino que ésta le proporciona su continuada condición de posibilidad (...) ningún sujeto puede emerger sin este vínculo formado en la dependencia, pero en el curso de su formación, ninguno puede permitirse “verlo”. Para que el sujeto pueda emerger, las formas primarias de este vínculo deben surgir y a la vez ser negadas; su surgimiento debe consistir en su negación parcial (Butler, 2010: 18).

La pregunta que encuentra Butler al seguir los pasos de esa hipótesis es: “¿cómo explotan este deseo la ley en singular y las leyes de diverso tipo de tal manera que nos rindamos a la subordinación con el fin de conservar algún sentido de ser social?” (2010: 145). En el apartado anterior señalamos algunos sentidos de esa sujeción, del mandato de maternidad hegemónica solapado en el deseo de interrumpir un embarazo. Nos interesa ahora pensar qué complejidad puede tener la instauración discursiva del deseo como la instancia por excelencia que marca la decisión en el caso del aborto. El sentido sobre el que queremos reparar es aquél que indica que, en algunas situaciones, desear la maternidad o impedirle se vincula de manera muy estrecha con el deseo de una familia heteronormal, no precarizada, blanca, etcétera. Como indican Guattari y Rolnik, “(...) el deseo tiene infinitas posibilidades de montaje. El deseo (...) como toda máquina, también puede paralizarse, bloquearse, incluso más que cualquier máquina técnica” (1996: 828).

Pensar el deseo como un montaje permite correrlo —al menos conceptualmente— de su función sacralizada: darle estatuto de verdad a un proceso contradictorio, hacer sentido sobre una práctica que aparece siempre tensionada por sus diversas significaciones sociales y representaciones subjetivas. Se trata de encontrar en el deseo el espacio donde, según Deutscher (2019), se juegan los *efectos de poder* de la razón reproductiva que produce sujetos de la procreación, sujetos femeninos (madres) que son responsables del futuro y que, muchas veces, como es en el caso del aborto, son acusadas de obstaculizar el futuro social.

En ese sentido es que decimos que la procreación (y más en general, la reproducción) constituye un régimen de visibilidad e invisibilidad, que al tiempo que construye una sujeta reproductiva niega otras subjetividades que no son entendidas como tales. En esas subjetividades que no pueden desear la maternidad (precarizadas, mujeres solas, racializadas) la decisión se desdibuja como clave de lectura. Desear la maternidad o hacer legítimo el deseo de un aborto suele revelar-

se en los mismos términos en los que socialmente se produce una idea particular de sujeto del futuro: un hijo o hija deseada, una familia estable, un orden social sin conflicto. En cambio, pensamos que podría resultar políticamente movilizante que los feminismos contrahegemónicos se reconcilien con la dimensión ontológica y lógica del deseo, ya que la idea de un deseo sin fisuras, inapelable, instancia última de verdad, nos arroja a una posición subjetiva que se emparenta con las lógicas del neoliberalismo totalitario: el sueño de un orden social sin contradicciones, idéntico a sí mismo, libre de los antagonismos constitutivos de las relaciones políticas y sociales.

En contextos signados por la precariedad neoliberal, el deseo que hace posible cierta sensación de certidumbre es el de una normatividad utópica presentada en los términos de la conyugalidad y la familia. Como señala Berlant, en ese “dominio poroso del atomismo empresarial hiperexplotador que ha sido denominado, diversamente, globalización, soberanía liberal, capitalismo tardío, posfordismo o neoliberalismo” emerge “un sentimiento de normalidad aspiracional, el deseo de sentirse normal y de sentir la normalidad como un terreno de vida confiable, una vida que no tiene que ser permanentemente reinventada” (Berlant, 2011: s/p). Ese sentirse normal no se produce en relación con otros precarizados o empobrecidos del neoliberalismo. Por el contrario, se expresa como “soluciones individuales a problemas sistémicos” (Beck, citado en Berlant, 2011: s/p). Se trata de una proyección defensiva (ante la crisis de la precariedad capitalista y ontológica) que se produce en clave transclasista, que borra o desplaza lo que aparece como un obstáculo al deseo de encarnar la norma: quienes negocian subjetivamente su permanencia afectiva en el régimen neoliberal lo hacen a costa de afirmarse sobre un olvido, un olvido que remite a las condiciones estructurales de su posición social. No requiere, sino que incluso repele, un sentimiento ligado a una forma específica de vida: “proponer el juego, el riesgo y, por encima de todo, la autorrepetición, en proximidad a cualesquiera objetos/escenas que estén disponibles o sean convenientes, la voluntad de sentir ese sentimiento, otra vez se convierte en el primer orden del deseo” (Berlant, 2011: s/p).

¿Es posible indagar en algún tipo de resistencia al régimen de normatividad utópica neoliberal o, en los términos anteriormente planteados, a la sujeción que produce el deseo en tanto deseo de una maternidad que se pretende libre y sin conflictos? En esta línea, decimos con Preciado que es posible pensar las prácticas sexuales (el aborto es una de ellas) no en el marco de la búsqueda de la libertad o la emancipación, sino en la de una salida: “salir” de un régimen de la diferencia sexual, lo que no significa convertirse inmediatamente en libre” (Preciado, 2020: 28). ¿En qué sentido no aspiramos a ser libres? En primer lugar, nos interesa señalar que salir del régimen de la diferencia sexual (régimen que estructura el deseo de maternidad y su anverso, interrumpir un embarazo) implica someterse subjetivamente a violencias materiales y simbólicas. Pensemos en cuán costoso resultaría políticamente, por ejemplo, para el movimiento feminista, cuestionar la maternidad conceptualizándola como forzada y obligatoria por la vigencia de los regímenes de opresión en lugar de centrar el debate en la importancia de respetar los

derechos y deseos individuales de las mujeres y feminizadas. En segundo lugar, es bajo la figura de las libertades que el capitalismo neoliberal pone a funcionar una forma particular de gobierno de las conductas: como ha señalado un amplio conjunto de teóricos del capitalismo en su momento actual, las dinámicas de opresión se entrelazan con posicionamientos subjetivos ligados a la autoempresarialidad, la autovigilancia y el autocontrol. Por último, como señalamos más arriba, en la idea de que se es libre en tanto hay identidad entre sujeto y deseo se repone cierta fantasía social ligada a una subjetividad no contradictoria y, en última instancia, un orden político a su semejanza.

Conclusiones

Una pregunta se nos presenta como efecto de lectura de este texto: ¿es pensable un afuera de las artimañas del reproductivismo heterosexual? O, dicho de otra manera, ¿hay luchas imaginables sin horizontes emancipatorios? Son inquietudes, por supuesto, que desbordan las posibilidades de este artículo. Sin embargo, sí nos interesa señalar que, si bien nuestra argumentación se dirige a pensar las desventajas de las retóricas de la libertad o la emancipación, creemos que sigue siendo necesario construir una salida. Se trata, quizás, de una búsqueda activa de espacios en los cuales las negociaciones y las prácticas posibles en los marcos de los discursos imperantes no descuiden su vital elemento crítico.

En ese sentido es que creemos en la urgencia de construir una cartografía de las resistencias capaz de identificar de qué manera nuestras lógicas se entraman con el avance, muchas veces inasibles, de otras lógicas (neoliberales, racistas, mujeriegos, entre otras). Recuperar el legado de aquellas que nos advirtieron que no hay feminismo posible sin antirracismo, sin anticapitalismo y sin anticolonialismo. En una imitación de ese gesto es que decidimos volver sobre los testimonios de mujeres feminizadas que abortan, con la convicción de que un movimiento no puede apuntar a jerarquizar los afectos legítimos e ilegítimos ni a reinscribir sentimentalidades hegemónicas, ya que estas dinámicas de construcción política pueden contribuir a la proliferación de espacios de profunda soledad y aislamiento. Estos espacios, como bien señala la crítica anticapitalista, son terreno fértil para los reaccionarios, supremacistas, blancos, antipopulares, masculinistas, entre otros.

En sintonía con esa marca es que también creemos que una lucha que entre efectivamente en oposición con las racionalidades neoliberales no debería construir una imagen totalizante de buena feminista, orientada a negar la pregnancy y perdurabilidad de una economía de afectos que la antecede y la conforma. Y esto es especialmente así porque esa imagen pareciera tender a fortalecer a quienes se encuentran en posiciones de referencia y visibilidad, y a desplazar a aquellas otras que ocupan lugares menos favorecidos o más contradictorios con la tendencia reprofuturista del movimiento: un mapa de sentimientos hecho a imagen y semejanza de las dominantes. Por el contrario, sentimos que sigue siendo necesario pensar y actualizar otra relacionalidad (no identitaria, antinormativa, desjerarquizante). Un legado que, sin prometer un futuro, nos permita habitar el complejo mundo de la experiencia y narrarlo (y transmitirlo) inacabadamente.

Referencias

1. Resultados de esta investigación han sido publicados en Tiseyra *et al.* (2022).
2. En líneas generales, se trató mayoritariamente de mecanismos informales de acceso a información y derechos.
3. El sentido en el que evocamos la idea de precariedad no responde de manera estricta a indicadores ligados a la equidad, la justicia social o la inseguridad económica o social, sino también a las economías afectivas que trastocan la experiencia subjetiva en el capitalismo neoliberal. Nos referimos entonces también a la necesidad de realizar ajustes calculables en nuestras vidas como condición de posibilidad para la existencia en el orden social hegemónico.
4. Con raza nos referimos de manera ampliada a la posición periférica de nuestros países en relación con el centro capitalista. La racialización, en esa clave, aparece ligada a la historia del capitalismo colonial y sus efectos simbólicos y materiales.

Bibliografía

- Agamben, G. (2015) *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*. Homo Sacer III. Valencia, España: Pre-textos.
- Berlant, L. (2011). *El corazón de la nación: ensayos sobre política y sentimentalismo*. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Butler, J. (2015). *Mecanismos psíquicos del poder: teorías sobre la sujeción*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.
- Davis, Á. (2005). *Mujeres, Raza y Clase*. Madrid, España: Editorial Akal.
- Deutscher, P. (2019). *Crítica de la razón reproductiva. Los futuros de Foucault*. Buenos Aires, Argentina: Eterna Cadencia.
- Edelman, L. (2014). *No al Futuro, la teoría queer y la pulsión de muerte*. Barcelona, España: Egales.
- Falquet, J. (2017). *Pax neoliberalia: perspectivas feministas sobre (la reorganización de) la violencia contra las mujeres*. Buenos Aires, Argentina: Madreselva.
- Firestone, S. (1976). *La dialéctica del sexo. En defensa de la revolución feminista*. Barcelona, España: Editorial Kairós.
- Foucault, M. (2010). *Nietzsche, Freud, Marx*. Buenos Aires, Argentina: Anagrama/Página 12.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (1996). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid, España: Traficantes de sueños.
- Guillaumin, C. (1978). Pratique du pouvoir et idée de Nature. L'appropriation des femmes. *Questions Féministes*, 2, 5-30.
- Haraway, D. (1999). Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/ bles. *Política y Sociedad*, 30, 121-163.
- Hester, H. (2018). *Xenofeminismo: tecnologías de género y políticas de reproducción*. Buenos Aires, Argentina: Caja Negra.
- hooks, b. (2010). *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. Madrid, España: Traficantes de Sueños.
- Klein, L. (2020). *Aborto. La discusión maldita*. Rosario, Argentina: Facultad Libre.
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género: hacia un feminismo decolonial. En W. Mignolo (Comp.), *Género y decolonialidad* (pp. 13-54). Buenos Aires, Argentina: Ediciones del signo.
- Preciado, P. (2014). Mear/Cagar, Masculino/Femenino. *Parole de queer*, 2. <https://paroledequeer.blogspot.com/2013/09/beatrizpreciado.html>
- Preciado, P. (2020). *Yo soy el monstruo que os habla. Informe para una academia de psicoanalistas*. Buenos Aires, Argentina: Anagrama.
- Rich, A. (2019). *Nacemos de Mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Madrid, España: Traficantes de sueños.
- Tabet, P. (2022). *Los dedos cortados. Feminismo materialista y división sexual del trabajo*. Buenos Aires, Argentina: Madreselva.
- Tiseyra, M. V.; Vila Ortiz, M.; Romero, M.; Abalos, E. y Ramos, S. (2022). Barreras de acceso al aborto legal en el sistema público de salud de dos jurisdicciones de Argentina: Rosario y Ciudad Autónoma de

Buenos Aires, 2019-2020. *Salud Colectiva*, 18, e4059.

Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona, España: Egales.

Recibido: 14/09/2023. Aceptado: 05/08/2024.

Mercedes Vila Ortiz y Fiorella Guaglianone, "¿Puede el aborto ser una práctica reproductivista? Tensiones entre reproductivismo y emancipación en algunos relatos de interrupciones de embarazos". Revista *Temas y Debates*. ISSN 1666-0714, año 29, número 49, enero-junio 2025, pp. 39-54.